

Libro de Jueces

Lección 2 - Capítulo 1

La semana pasada establecimos las bases para explorar el libro de Jueces y hoy nos adentraremos en el primer capítulo. Lo que vamos a observar es un rápido descenso de Israel desde un pináculo de éxito y logro y, más importante aún, de armonía con Dios hacia una actitud de sálvese quien pueda. Cuando digo rápido, me refiero a un período de probablemente solo 10-15 años después de la muerte de Josué, antes de que las 12 tribus comenzaran a perder su camino.

Necesitamos asimilar una realidad interesante de la historia de Israel que es uno de esos pequeños datos que pueden darnos una mejor perspectiva de cómo era la vida para ellos y que nos ayuda a entender lo que subyace en la historia de Israel, especialmente entre los tiempos de Josué y el rey Josías (quien gobernó sobre Judá del 640 al 609 a.C.). Y es que se crearon muy pocas copias de la Torá, y ciertamente no terminaron en manos de ciudadanos comunes. De hecho, parece que para la época del rey David (alrededor de 300-400 años después de la muerte de Josué), la Torá estaba casi perdida y en camino de ser olvidada.

Una vez que las tribus se dispersaron seriamente alrededor de Canaán y comenzaron a afianzarse en los territorios asignados, el sacerdocio luchó por existir (y tener alguna influencia significativa). Los roles de los sacerdotes y los trabajadores del Tabernáculo de los levitas se confundieron. Solo unas pocas de las 48 ciudades que se prometieron a los levitas dentro de los territorios tribales fueron realmente entregadas, y los fondos que debían recibir de esas mismas tribus para mantenerse a sí mismos y a esas ciudades rara vez fueron suficientes.

El Tabernáculo (en la época del capítulo 1 de Jueces) residía en Silo, pero se iría deteriorando con el paso de las décadas. En tiempos del rey David fue trasladado a Gabaón. Por definición, las tiendas son temporales y se desgastan con bastante rapidez en comparación con las cabañas de piedra. Aunque podríamos preguntarnos cuánto podría costar mantener una tienda, debemos recordar la naturaleza elaborada de ésta, los materiales caros utilizados y el número de artesanos excepcionales necesarios para fabricarla originalmente. Todo lo que hay que hacer para comprender esta triste progresión es ir a Inglaterra y presenciar el estado desaliñado de muchas grandes iglesias y catedrales como resultado de un cristianismo moribundo que primero perdió interés y luego perdió su fe.

Así, cuando el rey David preguntó a Yehoveh si podía construir un Templo para el Señor (y su hijo Salomón finalmente lo hizo), en realidad no era para reemplazar el Tabernáculo del Desierto per se, ya que este había sido abandonado hacía mucho tiempo debido a su desgaste y aparentemente no había deseo de repararlo; más bien era que no había un santuario construido adecuadamente bajo las especificaciones del Monte Sinaí. Al parecer, David construyó algún tipo de tienda para albergar el Arca (y estoy seguro de que era mucho más que un asunto de aspecto beduino), pero David también se encargó de nombrar levitas y sacerdotes para ciertas tareas, por lo que podemos suponer que el orden de servicio y la atención a los detalles ya no era Kasher en absoluto. Y muy probablemente sólo quedaban unos pocos sacerdotes que recordaran cómo se observaban correctamente los rituales y

procedimientos.

Podemos hacernos una idea de lo inconsecuente e impotente que se había vuelto el sacerdocio cuando miramos la historia del Arca siendo llevada de Beit Shemesh al rey David a su solicitud, y fue colocada sin ceremonia en un carro de bueyes para transportarla (un gran error). Luego, un hombre tocó el Arca (otro error) y murió por ello, lo que (cuando David se enteró) causó que David se pusiera paranoico, así que cambió de opinión sobre tener el Arca cerca de él y le pidió a un levita (NO a un cohen, un sacerdote) llamado Obed-edom que mantuviera el Arca en su casa (otra infracción seria). Sin embargo, por razones que no entraremos a discutir hoy, se nos dice que el Señor bendijo grandemente la casa de Obed-edom como resultado de que el Arca residiera allí, así que David decidió que no solo era seguro sino también ventajoso para él (personalmente) poseer el Arca, así que pidió que la llevaran a Jerusalén y allí preparó una tienda para albergarla.

Vemos en todo esto que el sacerdocio simplemente recibía órdenes, que apenas funcionaba (si es que lo hacía), y que incluso la regla más básica de todas, que nadie podía mirar el Arca de la Alianza y que tocarla significaba muerte instantánea, se había perdido en la historia.

Así encontraremos que una frase repetida varias veces en el libro de Jueces, Shofetim (Shophetim) en hebreo, es: “En aquellos días no había rey y cada uno hacía lo que bien le parecía”. Y si uno pudiera resumir el libro de Jueces, sería el pensamiento reflejado en esa breve pero poderosa declaración.

Leamos el capítulo 1 de Jueces.

LEER JUECES CAPÍTULO 1

Hay un propósito importante en el libro de Jueces que casi universalmente se pasa por alto; y es que Dios estaba demostrando la NECESIDAD de un rey sobre Israel. Muchos, incluyéndome a mí mismo no hace mucho, han dicho reflexivamente que con la unción del rey Saúl por Samuel, el Señor le dio a Israel algo que NO quería darle, un rey. Pero una lectura honesta de Jueces nos muestra algo diferente.

En realidad, el Señor estaba enseñando a Israel que no podían funcionar sin un rey. No podían seguir las leyes y mandamientos de Dios sin un rey. Josué no era oficialmente un rey, pero en muchos sentidos ese era su papel; él era la definición de Yehoveh de un rey que es diametralmente opuesta a la definición del hombre de un rey. Josué era el ejemplo de liderazgo ideal para Israel, uno que no siguieron. Uno que no volverá hasta que regrese el Mesías.

La definición humana de rey es la de un miembro privilegiado de la realeza al servicio de sus súbditos, que normalmente no tienen elección. La definición que Dios da de un rey es la de un pastor que es una especie de siervo para aquellos que han elegido seguirle por su propia voluntad. Los reyes del hombre usaban escudos humanos que consistían en miles de hombres que darían sus vidas en beneficio del rey. El rey de Dios daría su vida por el pueblo. El problema con Israel fue que finalmente quisieron SU (y la de sus vecinos) definición de rey para gobernarlos, y así el Señor se la dio. El problema era el tipo de rey, no la idea de ser gobernados por un rey.

El versículo 1 dice que después de la muerte de Josué, el pueblo le hizo una pregunta importante a Yehoveh: ¿quién sería el primero en volver a luchar contra los cananeos? No era

una pregunta retórica. En tiempos de Josué y durante un breve período al comienzo del gobierno de los diversos Shophetim, "preguntar (o inquirir) al Señor" significaba que se utilizaban el Urim y el Tumim para buscar Su voluntad. Por supuesto esto solo pudo haber sucedido cuando el Sumo Sacerdote aún estaba desempeñando su papel oficial y cuando los líderes tribales aun reconocían el propósito y la posición ordenada por Dios del Sumo Sacerdote.

La respuesta que el Señor dio a través de las dos piedras especiales fue que Judá sería esa tribu que reanudaría la batalla para terminar la conquista de Canaán. Y este es un buen momento para recordarte que, en efecto, todo Canaán no había sido conquistado cuando comenzamos Jueces; era el deber de cada una de las 12 tribus (con la excepción de la tribu de Leví, que no se contaba entre las 12) terminar de expulsar a los cananeos de su territorio asignado. Fue este entendimiento el que había causado a Josué tanta angustia y frustración porque durante mucho tiempo 7 de las tribus se NEGARON a aceptar sus territorios porque eso significaba que el duro y peligroso trabajo de luchar contra los diversos cananeos recaía sobre ellos.

Esto no significa en absoluto que los líderes de la tribu de Judá fueran designados (en este momento) para sustituir a Josué. Sin embargo, como pronto veremos, Judá desempeñaría un papel especial y un tanto abnegado entre sus tribus hermanas. Lo primero que hizo Judá fue dirigirse a Simeón (la tribu, no la persona) y pedirle que luchara a su lado. Había una buena y lógica razón para ello; como dice el versículo 3, Simeón y Judá eran hermanos. Lea era su madre, por lo que eran hermanos de sangre completa y, como estamos aprendiendo en la Torá y en libros posteriores, era lo más común que un hombre tuviera múltiples esposas y concubinas, por lo que solo a veces los hermanos y hermanas eran hermanos de sangre completa. Tan a menudo como no, eran lo que hoy llamamos hermanastros.

Por lo tanto, Judá y Simeón esencialmente firmaron para la asistencia mutua y era natural que lo hicieran. Además, el territorio de Simeón estaría más o menos tallado en el centro del de Judá. Tal arreglo habría sido prácticamente impensable si no fuera por la estrecha relación familiar. Aun así, en pocas generaciones más la tribu de Judá absorbería en gran medida a la tribu de Simeón. Y para la época del rey Salomón, Simeón ya no tenía su propio territorio y, aunque algunos conservaban el recuerdo de su identidad tribal simeonita, la mayoría no lo hacía.

En el versículo 4 encontramos a las fuerzas coaligadas de Judá y Simeón librando batalla contra los cananeos y los ferezeos. En este momento de la historia, el término cananeos se refería de forma no específica a todas las tribus y pueblos que vivían en la Tierra de Canaán, aunque técnicamente no pertenecieran al linaje de Canaán. Muchos eruditos consideran que los perizitas no eran una tribu específica, sino que se referían a un conglomerado de pueblos que habitaban la región montañosa.

Este encuentro fue contra un tipo llamado Adoni-Bezek. Adoni-Bezek no es el nombre de una persona; es un título que significa Señor de Bezek. Bezek era probablemente el nombre de familia de una larga dinastía establecida.

Así que cuando la autoridad pasaba de un gobernante al siguiente, cada gobernante sucesivo se habría llamado Adoni-Bezek. Es como decir: "Rey de Inglaterra", siendo la pregunta obvia: "¿cuál?". Por lo tanto, no sabemos el nombre real de este individuo como tampoco sabemos dónde se encontraba realmente el lugar de Bezek.

A medida que la batalla se desarrollaba, Judá y Simeón estaban ganando, por lo que el Señor de Bezek huyó (como era habitual para un rey). Lo encontraron, lo capturaron y le cortaron los pulgares y los dedos gordos de los pies, pero no lo mataron. Él fue bastante filosófico sobre este desagradable giro de los acontecimientos, diciendo que trató a 70 reyes enemigos exactamente de la misma manera, por lo que Dios solo le devolvió el favor. En realidad, esto es una declaración de *lex talionis*, ojo por ojo, que era generalmente comprendida y practicada entre todas las culturas del Medio Oriente. No piensen (por cierto) que el uso del término "Dios" se refiere directamente al Dios israelita, YHWH. La palabra hebrea usada es *elohim*, y era el término genérico utilizado para cualquier dios. Adoni-Bezék simplemente estaba diciendo que su dios, o algún dios, estaba devolviendo su falta de misericordia con retribución. Además, 70 no es un número que debemos tomar literalmente. En este contexto, 70 significa un gran pero no especificado número.

¿Por qué cortar los pulgares y los dedos gordos de los pies de este Señor? Porque al hacerlo, ese hombre se volvía impotente en la batalla. Sin pulgares no podía sostener una espada, no podía disparar un arco, no podía ser efectivo en el combate cuerpo a cuerpo ni siquiera conducir un carro. Sin sus dedos gordos de los pies, perdía cualquier movilidad real. Podía caminar con cuidado, pero no podía correr. Por lo tanto, no podía huir del peligro. Así que, incluso si este rey capturado eventualmente escapaba de Judá, su falta de pulgares y dedos gordos de los pies significaba que sus días de liderazgo habían terminado. Que muriera en Jerusalén se refiere a causas naturales; no fue ejecutado (al menos, no hay registro de ello).

Luego, en el versículo 8, encontramos a Judá y Simeón luchando contra Jerusalén y quitándosela a los jebuseos. Se nos dice que la ciudad fue quemada (una práctica común) y, de hecho, esto solo seguía la Ley de Herem, la ley del anatema, por la cual, dado que esta era una Guerra Santa, los despojos pertenecían a Dios. Y la única manera de darle una ciudad a Dios era enviarla hacia él en humo quemándola. Desafortunadamente, Israel solo mantendría Jerusalén por un corto tiempo.

Jerusalén no estaba ni en el territorio de Judá ni en el de Simeón, sino en el de Benjamín. Así que lo que encontramos más adelante en el versículo 21 es que después de su captura fue rápidamente entregada a Benjamín. Pero Benjamín no tenía mucho interés en conservarla o simplemente era incapaz y la perdió en manos de los jebuseos hasta la época de David. Lo que solía ocurrir en este momento de la historia era que una tribu israelí capturaba una ciudad cananea, pero a menudo permitía a sus habitantes quedarse como súbditos y siervos que pagaban tributo (impuestos) a los hebreos victoriosos. No siempre funcionó tan bien, y Jerusalén fue uno de esos casos. Judá y Simeón lucharon por ella y la tomaron; se la dieron (correctamente) a Benjamín, y Benjamín permitió que los jebuseos se quedaran. Así, los pocos benjaminitas que se establecieron en Jerusalén pronto se encontraron en minoría ante un rey jebuseo más dominante. Esta historia se repetiría ad infinitum en la Tierra de Canaán.

Algo que necesitamos plantar firmemente en nuestras memorias para referencia futura es este contraste en expansión entre las tribus de Judá y Benjamín. Aquí encontramos a Judá en victoria tras victoria,

y se nos dice que la razón de su éxito fue que el Señor estaba con ellos. Por otro lado, está Benjamín cuya suerte es el fracaso. Judá gana Yerushalayim, Benjamín la pierde. El rey Saúl, primer rey de Israel, era de la tribu de Benjamín (y todos conocemos su carácter trágico y sus fracasos), el segundo rey fue David, de la tribu de Judá, y también conocemos su carácter cercano al corazón de Dios y sus asombrosas victorias.

A continuación, Judá y Simeón atacan Hebrón, que también era conocida como Kiryat-Arba. Los nombres dobles, incluso triples, eran típicos en aquella época, ya que reflejaban el cambio de manos de las ciudades a diversas naciones que hablaban varias lenguas. Kiryat-Arba significa "ciudad de los cuatro", en referencia a una confederación de 4 ciudades-estado que se aliaron para protegerse mutuamente y obtener beneficios económicos. Hebrón significa "confederación" o "asociación", que es esencialmente la misma idea que Kiryat-Arba.

Sheshai, Achiman y Talmai eran los señores de 3 de las ciudades-estado que formaban esta confederación, y todos eran hijos de Anak. Eran Anakim, esa raza de hombres grandes que produjo al gigante Goliat.

Después de eso Judá y Simeón hicieron la guerra a Debir, también conocida como Kiryat-Sefer. Kiryat-Sefer significa ciudad del libro. Pero había varias Kiryat-Sefer porque era más una descripción que un nombre. Sefer no sólo significa "libro", sino "registros"...como registros de nacimiento y registros contables. Cuando una región o confederación crecía lo suficiente, designaba una ciudad como lugar común donde se guardaban los registros importantes de su sociedad, y así adquiría el título de Kiryat-Sefer, la Ciudad de los Registros.

Los versículos siguientes vuelven a contar una historia narrada en Josué 15 sobre un jefe de clan de Judá llamado Caleb (el mismo que fue uno de los 12 espías que exploraron Canaán para Moisés y regresaron con un buen informe). Caleb asignó la tarea de tomar Debir a Otoniel, hijo de Cenaz. Es bastante interesante entender que Caleb (y Otoniel, un familiar cercano) en realidad vinieron por herencia edomita (los edomitas descendían de Esaú). De alguna manera, los antepasados de Caleb pasaron a formar parte de la tribu de Judá e incluso se convirtieron en el clan más poderoso dentro de Judá. Esto es algo que no debemos olvidar fácilmente porque demuestra lo pronto que el pueblo israelita se convirtió en una nación diversa y mezclada genealógicamente. A cambio de tomar Debir, Caleb entregó a su hija Acsa a Otoniel, que probablemente era su tío. Como parte de su dote, recibió tierras y, más tarde, derechos sobre pozos de agua, un asunto de suma importancia en una zona del Néguev que tenía un suelo decente pero muy poca agua disponible.

Este interesante resumen de la historia continúa en el versículo 16 con una referencia al clan de los Kenitas, la familia del suegro de Moisés (no confundir con los Kenizitas). Los Kenitas eran un clan de la tribu de Madián (vivían donde la montaña de la Zarza Ardiente se levantaba del suelo del desierto). La familia de la esposa de Moisés emigró bajo la protección de Judá y Simeón a un área llamada la Ciudad de las Palmas de Dátiles y se establecieron allí. No hay acuerdo sobre exactamente dónde está esto; generalmente se piensa que es Jericó, pero otros insisten en que está un poco más al sur de Jericó.

Judá y Simeón continuaron sus victorias guerreando contra Gaza, Ascalón y Ecrón. Sí, esa misma Gaza que escuchamos en las noticias día y noche. Esas tres ciudades se dicen comúnmente que son ciudades de los filisteos, pero en el tiempo de los versículos iniciales del libro de Jueces, los filisteos aún no se habían establecido en esos lugares; por lo tanto, eran algunos de esos diversos pueblos cananeos quienes las habitaban.

Luego se nos dice que, mientras Judá tuvo éxito en tomar más de la región montañosa de otros cananeos, no pudieron expulsarlos de los valles. Y eso se debió al uso de carros de hierro por parte del enemigo. En pocas palabras, los carros necesitaban un terreno relativamente plano para operar. Eran casi inútiles en colinas empinadas o lugares rocosos. Por lo tanto, los cananeos no podían usar sus más temidas plataformas de armas, los carros, en las colinas y así perdieron su ventaja frente a Judá. La región de las llanuras y los valles

era otro asunto completamente diferente, y los temibles carros permitieron a los cananeos aferrarse a los enormes y fértiles valles.

El verso 22 cambia de escenario y menciona por primera vez en el libro de Jueces "la casa de Yosef (José)". Técnicamente, la casa de José consistía en la tribu de Manasés y la tribu de Efraín. Pero frecuentemente en la Biblia, cuando se menciona "la casa de José", se refiere solo a Efraín, y otras veces es difícil determinar si se refiere a una o ambas tribus. Probablemente aquí se refiera a Efraín porque los acontecimientos ocurren en o cerca de su territorio.

Permítanme recordarles nuevamente que todos estos ataques que vemos por parte de Israel estaban destinados a ocurrir. El Señor esperaba que pelearan estas batallas. Lo que el Señor NO esperaba de las 12 tribus era que hicieran tratados con el enemigo y encontraran razones para vivir en paz con las personas que conquistaron. Las instrucciones explícitas del Señor eran expulsar o matar a todos los habitantes de Canaán. Las únicas excepciones eran aquellos que renunciaban a la lealtad de sus naciones, dioses, y adoraban a YHWH en su lugar.

¿Cómo puedo pasar por alto esto sin mencionar lo que está sucediendo en Israel hoy en día? Lamentablemente, las generaciones actuales de israelíes son víctimas de una conquista incompleta hace más de 3000 años. Y el problema entonces es el mismo que ahora: una negativa a creer en Dios. Los hombres de los días de Josué en adelante querían insertar su propio sentido de moralidad, misericordia y propósito en la ecuación, como si de alguna manera su opinión estuviera al mismo nivel que los mandamientos de Jehová. Una vez en la Tierra, observaron a sus vecinos, vieron que se parecían y se comportaban muy parecido a ellos mismos, se dieron cuenta de que probablemente entre los israelitas había lazos familiares con muchos de los habitantes de Canaán y llegaron a la conclusión de que vivir CON los cananeos era un enfoque mejor, más amable, más sabio y quizás más pragmático que luchar hasta la muerte, con las únicas opciones posibles siendo expulsar a estos cananeos de sus hogares y tierras o aniquilarlos completamente. Seamos sinceros, ¿qué haríamos nosotros enfrentados a tal elección?

Bueno, creo que tenemos la respuesta a esa pregunta retórica si somos lo suficientemente honestos para afrontarla. Mientras que al mismo tiempo la iglesia moderna hace brillar sus ojos y mira con desaprobación las bárbaras instrucciones del Dios de Israel del Antiguo Testamento hacia los cananeos, ¡tendemos a criticar simultáneamente a los israelitas por no cumplir plenamente esas órdenes! Así pues, hoy en día, en la batalla por Canaán que se está librando y que aún no se ha completado, que es la situación actual en la que se encuentra Israel, la mayoría de la Iglesia tiende a apoyar la idea del alto al fuego, la ayuda y el trato equitativo a los enemigos árabes y musulmanes de Israel, la comprensión y la simpatía cuando esos mismos enemigos exigen otra parte de Israel para sí mismos, y la gran esperanza de un tratado duradero de paz y cooperación entre Israel y sus enemigos en el que cada uno pueda vivir y dejar vivir.

Entonces señalamos a nuestro amoroso Mesías Yeshua y declaramos que las aspiraciones y exigencias del Dios del Antiguo Testamento de una tierra libre de personas que se oponen a Israel y se oponen al Dios de Israel han sido declaradas nulas y sin efecto. La tolerancia para todos y para todo es el nuevo objetivo y el Dios del Nuevo Testamento quiere la paz casi a cualquier precio. Israel también está atrapado en el deseo de ver el fin de la guerra, por lo que continúan en los caminos de sus antepasados y declaran que su sentido del humanitarismo y la equidad triunfa sobre los mandatos de Yehoveh relativos a la conquista de la Tierra

Prometida. Esta es la causa del intratable problema de Medio Oriente; no el petróleo, no el Islam, no la ONU o la Unión Europea es la desobediencia y la incredulidad no sólo entre los judíos sino también entre los cristianos lo que paraliza la resolución final, no una diplomacia inadecuada o la falta de sinceridad.

Permítanme advertir a todos los que me escuchan que apoyar la idea de que Israel ceda tierras a sus enemigos es ofensivo para el Señor. Aquellos que quieren que Israel acepte un acuerdo de paz en el que Israel conceda derechos sobre el Monte del Templo a aquellos que adoran a un dios falso, Alá, para que puedan mantener allí un lugar de culto pagano, son cómplices de idolatría. Aquellos israelitas que buscan estas cosas están negando el Pacto de Abraham y están diciendo que el Señor Dios está equivocado y no quiso decir lo que dijo o es incapaz de llevarlo a cabo.

Pero permítanme decir también algo que puede sorprenderlos: la Batalla de Armagedón no es más que la batalla final de la Guerra Santa por Canaán, que los líderes que siguieron a Josué, luego David, Salomón y ahora el gobierno electo de Israel han decidido que no vale la pena librar. Nosotros los cristianos cantamos con alegría sobre la venida de Jesús y oramos para que hoy sea ese día, pero de alguna manera no podemos conectar que el mismo Mesías que sufrió y murió como un cordero manso por nosotros, liderará esta batalla final por la conquista de Canaán. Él será tan implacable como Yehoveh esperaba que Josué y aquellos que lo siguieron fueran (pero que se negaron), y ninguna persona que retenga su lealtad al Dios de Israel y a Su Mesías permanecerá viva en la faz de este planeta cuando finalmente Yeshua deposite su espada de venganza. La Conquista de la Tierra de Canaán no ha terminado, está ocurriendo justo delante de nuestros ojos; lo peor está por venir. Además, su efecto se está expandiendo para incluir toda la tierra.

Puede resultar que como seguidores de Yeshua no podamos escapar completamente de todas las consecuencias de esta batalla que lleva 3400 años, pero podemos elegir estar del lado correcto.

En el versículo 22, la tribu de la casa de Yosef (probablemente solo Efraín) ataca la ciudad de Beit-El, que en algún momento fue conocida como Luz. La ciudad de Ai estaba muy cerca, de hecho, Ai y Beit-El (si no eran ciudades hermanas) bien podrían haber sido la misma ciudad simplemente reubicada ligeramente después de una destrucción. Cuando Efraín se acercó a la ciudad, un hombre de Beit-El decidió cooperar con algunos espías efraimitas y mostrarles un buen camino para entrar furtivamente en la ciudad. A cambio, los espías efraimitas prometieron dejar que el hombre y toda su familia sobrevivieran al próximo ataque. Esto tiene tonos del ataque a Jericó y Rahab la prostituta/posadera de las primeras partes del libro de Josué, pero ahí es donde termina toda similitud entre las dos historias.

Este hombre de Beit-El no mostró interés en el Dios de Israel, y su único motivo fue la autopreservación hasta el punto de estar dispuesto a cometer traición para salvar su propia vida. No hubo honor en lo que sucedió aquí como lo hubo cuando Rahab se convirtió antes de conocer a los espías y su lealtad al Dios de Israel fue el corazón de su decisión. Obtenemos una nota al pie de pagina interesante e instructiva en el siguiente versículo que dice que este hombre de Beit-El fue al país de los hititas (el moderno Turquía) y allí construyó una ciudad y la llamó Luz. En otras palabras, después de entregar su propia ciudad natal a la destrucción a manos de Israel, fue y lideró la construcción de una nueva ciudad y le dio el mismo nombre que a la anterior. ¿Culpa? Probablemente.

A partir de aquí y hasta el final del primer capítulo, tenemos sobre todo una lista de intentos

fallidos de varias tribus israelitas de expulsar a varios grupos de cananeos de sus territorios. Básicamente, esto prepara el terreno para lo que veremos en el capítulo siguiente de Jueces.

Manasés, la otra casa de José, no pudo expulsar a los cananeos de Bet Seán y las áreas circundantes. Muchos de ustedes han estado en Bet Seán y han visto las extensas ruinas romanas allí. Tampoco pudieron terminar con el control de los cananeos sobre Meguido, una fortaleza muy importante en un cruce de caminos de rutas comerciales principales y un lugar que domina una extensa porción del Valle de Jezreel. Se nos dice que con el tiempo Israel logró someterlos lo suficiente como para utilizarlos como mano de obra forzada; pero aquí vemos nuevamente cómo se había afianzado la nueva mentalidad israelita. Para esta generación de israelitas, el problema era la conveniencia y la economía, y los propósitos de Dios cedieron ante estos deseos débiles y egoístas.

Efraín fracasó en Gezer. Zabulón siguió los pasos de sus hermanos y permitió que el enemigo permaneciera, pero los utilizó en su beneficio económico. Aser hizo lo mismo en su territorio. Neftalí hizo paz y vivió entrelazado con los cananeos en parte de su territorio, pero pudo someterlos en otras partes.

Los últimos versículos preparan el escenario para la migración de Dan fuera de su territorio contiguo con el de Judá (al oeste de Judá). Dan no solo no pudo derrotar a la gente en su territorio, los amorreos que vivían allí expulsaron a Dan hacia las colinas. Finalmente, Dan se trasladó hacia el norte, hasta la frontera con el Líbano. Judá pronto anexó el territorio anterior de Dan y logró derrotar a los amorreos; aunque una vez más, Judá optó por utilizar a los amorreos como mano de obra forzada en lugar de seguir las instrucciones de Dios de deshacerse por completo de ellos.

En conclusión, podemos decir esto acerca del estado de las 12 tribus como resultado de todo lo que hemos discutido hoy:

1. Israel simplemente no pudo expulsar a los cananeos. Así que los cananeos se atrincheraron y la mentalidad de Israel pasó de conquistador a diplomático. De único poseedor de la tierra a cohabitar con aquellos que Dios consideraba inaceptables para Él.
2. Israel vio muy obstaculizada su libertad de movimientos porque su control sobre los territorios era irregular.
3. Aún más problemático a largo plazo era que la maldad de la adoración de los cananeos a dioses falsos permanecía intacta y, por lo tanto, representaba un peligro agudo para la pureza y santidad de Israel, y una tentación diaria para diluir su devoción a YHWH.
4. Israel decidió que era mejor crear y mantener buenas relaciones que expulsar a los cananeos de la tierra. De hecho, vieron que en muchos aspectos los cananeos que fueron capaces de someter constituían una fuerza de trabajo lista y utilizable, por lo que para ellos no tenía sentido expulsarlos.

Concluiré hoy con este breve comentario: la paz que construyen los hombres no es la paz que Dios manda. Para los hombres la paz es invariablemente el resultado de una de dos cosas: la guerra o el compromiso. En la guerra (al menos hasta nuestra era) un bando ganaba, el otro perdía, y uno subyugaba al otro y obligaba al subyugado a acatar. Ahora más que nunca es una paz de compromiso lo que los hombres buscan. Ese NO es el tipo de paz del que Yehoveh habla en Su Palabra. Su paz es absoluta, no implica compromiso y proviene de la

elección del libre albedrío de los hombres para servir al Señor como Él exige ser servido, y nada más.

Israel no vio nada malo en su planteamiento de colonizar Canaán. Israel no vio nada malo en su enfoque de la batalla, ya que su nuevo objetivo era hacer las paces con sus vecinos. Así que participaron en los festivales y costumbres de sus vecinos, respetaron las creencias de sus antiguos enemigos e incluso a sus falsos dioses, y como resultado disfrutaron de una medida de descanso y fecundidad que en su mayor parte estaba hecha por el hombre, y por lo tanto se parecía poco a lo que era el descanso y la fecundidad divinos. Los matrimonios mixtos entre cananeos y hebreos se convirtieron en un asunto cotidiano sin apenas resistencia ni reflexión, y la mayoría en ambas partes lo veían como algo bueno. Israel estaba ciego a su condición y no aceptaba que habían roto la fe con su Dios porque se sentían tan bien consigo mismo y con su habilidad para inventar su propia moralidad SIN la dirección del Señor.

Veremos qué opina el Señor de esto en nuestra próxima lección.